

Muhammad, el Sello de los Profetas



مجلس الشورى والرفق ونوعية الخدمات الإسلام
096 4234477 :هاتف - 096 4234466 :فاكس

جمعية الدعوة والإرشاد وتوعية الجاليات بالزلفي

هاتف: ٤٢٣٤٤٦٦ ٠١٦. فاكس: ٤٢٣٤٤٧٧ ٠١٦

336

Muhammad (PyB), el Sello de los Profetas

محمد خاتم ﷺ النبيين – أسباني



جمعية الدعوة والإرشاد ونوعية الجاليات بالزلفي
هاتف: 016 4234466 - فاكس: 016 4234477

Associação de Da'wah (*chamado ao Islam*), Orientação e
Conscientização das Comunidades em Al-Zulfi
Tel: 966 164234466 - Fax: 966 164234477

محمد ٱ خاتم النبیین

أعده وترجمه إلى اللغة الإسبانية:

جمعية الدعوة والإرشاد وتوعية الجاليات بالزلفي

الطبعة الأولى: 02/1448

يسمح بطباعة الكتاب بدون إذن خطي

Breve compendio de la biografía del Profeta (PyB)

مختصر السيرة النبوية

La situación de los árabes antes de la Misión Profética:

La religión predominante entre los árabes era el paganismo. Debido a su adhesión a esta idolatría, contraria a la religión verdadera, aquella etapa recibió el nombre de *Yāhiliyyah* (Era de la Ignorancia). Entre los ídolos más importantes que adoraban en lugar de Al-lah se encontraban Al-Lāt, Al-‘Uzzā, Manāt y Hubal.

No obstante, entre los árabes también había quienes profesaban el judaísmo, el cristianismo o el zoroastrismo, además de un reducido grupo de personas que permanecieron fieles a la *Ḥanīfiyyah*, es decir, al monoteísmo puro, la religión de Abraham, la paz sea con él.

En cuanto a la vida económica, los nómadas dependían principalmente de la ganadería y del pastoreo, mientras que los habitantes de los asentamientos obtenían su sustento de la agricultura y el comercio. Poco antes de la aparición del Islam, La Meca se había convertido en el principal centro

comercial de la Península Árábica. Asimismo, existían importantes núcleos urbanos en ciudades como Medina y Taif.

Desde el punto de vista social, la injusticia estaba ampliamente extendida. Los vulnerables carecían de protección, se practicaba el infanticidio femenino (wa'd al-banāt), se vulneraban los derechos más sagrados, los poderosos se apropiaban de los derechos de los débiles, la poligamia carecía de límites, el adulterio era frecuente y las guerras entre tribus estallaban por los motivos más insignificantes, incluso entre miembros de una misma tribu.

Esta fue una breve reseña de la situación de la Península Árábica antes de la aparición del Islam.

El hijo de los dos sacrificados

(Ibn al-Dhabīḥayn): Los miembros de la tribu de Quraysh solían enorgullecerse ante ‘Abd al-Muṭṭalib, abuelo del Profeta (PyB), de su linaje y de sus riquezas. Entonces ‘Abd al-Muṭṭalib hizo un voto: si Al-lah le concedía diez hijos varones, sacrificaría a uno de ellos. Cuando Al-lah le concedió lo que había pedido y fue bendecido con diez hijos, entre ellos ‘Abdul-lāh, padre del Profeta (PyB), decidió cumplir su voto. Para ello realizó un sorteo entre sus hijos, y la suerte recayó sobre ‘Abdul-lāh. Cuando estaba a punto de sacrificarlo, la gente se lo impidió para

evitar que aquella práctica se convirtiera en una costumbre entre los árabes. Finalmente, acordaron realizar un sorteo entre ‘Abdul-lāh y diez camellos que servirían como rescate. El sorteo volvió a señalar a ‘Abdul-lāh, por lo que aumentaron el número de camellos; sin embargo, el resultado siguió siendo el mismo. Continuaron incrementando la cantidad hasta llegar a cien camellos. Entonces el sorteo recayó sobre los camellos, y ‘Abd al-Muṭṭalib los sacrificó en rescate de su hijo.

A partir de entonces, ‘Abdul-lāh ocupó un lugar aún más especial en el corazón de su padre. Cuando alcanzó la edad de casarse, ‘Abd al-Muṭṭalib eligió para él a Āminah bint Wahb, una joven del clan de Banū Zuhrah, y celebró su matrimonio. Poco después, Āminah quedó embarazada. Transcurridos tres meses de gestación, ‘Abdul-lāh partió con una caravana comercial hacia el Levante (Ash-Shām). Durante el viaje de regreso enfermó y permaneció en Medina, junto a sus tíos maternos del clan de Banū Al-Naẓẓār, donde finalmente falleció y fue enterrado.

Al completarse el embarazo, el Profeta (PyB) nació un lunes. No obstante, no existe certeza absoluta acerca del día y del mes exactos de su nacimiento. Algunos historiadores sostienen que nació el 9 de Rabī‘ al-Awwal; otros, el 12 del mismo mes; mientras que otros afirman que fue en Ramadán, además de otras fechas mencionadas por

distintas fuentes. Lo que sí está ampliamente aceptado es que nació en el año 571 d. C., conocido como el Año del Elefante (‘Ām al-Fil).

La historia del Elefante (Qiṣṣat al-Fīl):

Abrahah el Abisinio, gobernador de Yemen en representación del Negus (An-Naġāshī), observó que los árabes peregrinaban a la Kaaba de La Meca, la veneraban y acudían a ella desde lugares muy lejanos. Con el propósito de desviar esa peregrinación, mandó construir una gran iglesia en Saná.

Cuando un hombre de la tribu de Banū Kinānah tuvo conocimiento de ello, entró de noche en la iglesia y la profanó manchando sus paredes con excrementos. Al enterarse, Abrahah montó en cólera y reunió un gran ejército compuesto por sesenta mil hombres y nueve elefantes para marchar contra La Meca con el propósito de destruir la Kaaba. Él mismo montaba el mayor de los elefantes.

Cuando el ejército llegó a las proximidades de La Meca y se dispuso a entrar en la ciudad, el elefante se arrodilló y se negó a avanzar. Cada vez que lo orientaban hacia cualquier otra dirección, se levantaba y caminaba; pero cuando lo dirigían hacia la Kaaba, volvía a arrodillarse.

Entonces Al-lah envió contra ellos bandadas de pájaros (abābil) que les arrojaban piedras de arcilla

endurecida. Cada ave llevaba tres piedras: una en el pico y dos en las patas. A quien alcanzaban aquellas piedras, su cuerpo comenzaba a desintegrarse hasta morir. Presos del pánico, los soldados emprendieron la huida y fueron cayendo muertos a lo largo del camino.

En cuanto a Abrahah, Al-lah lo castigó con una enfermedad que hizo que sus miembros comenzaran a desprenderse poco a poco. Apenas logró regresar a Saná, donde murió tras sufrir un terrible deterioro físico.

Mientras tanto, los miembros de Quraysh se habían refugiado en los desfiladeros y en las montañas por temor al ejército invasor. Cuando Al-lah destruyó a aquel ejército, regresaron sanos y salvos a sus hogares. Este acontecimiento tuvo lugar aproximadamente cincuenta días antes del nacimiento del Profeta (PyB).

La lactancia del Profeta (PyB)

(Raḍāʿat al-Nabī):

Cuando nació el Profeta (PyB), fue amamantado inicialmente por Thuwaybah, la esclava liberada de su tío Abū Lahab. Ella también había amamantado anteriormente a Ḥamzah ibn ʿAbd al-Muṭṭalib; por ello, Ḥamzah —que Al-lah esté complacido con él— fue hermano de leche del Profeta (PyB).

Era costumbre entre los árabes confiar sus hijos a nodrizas beduinas para que crecieran en el desierto, donde el ambiente favorecía un desarrollo físico más fuerte y una lengua más pura. Por ello, el Profeta (PyB) pasó posteriormente al cuidado de otra nodriza.

Por la época en que nació Muhammad (PyB), llegó a La Meca un grupo de mujeres de la tribu de Banū Saʿd en busca de niños a quienes amamantar. Fueron recorriendo las casas, pero todas rechazaban hacerse cargo de Muhammad (PyB) debido a que era huérfano y su familia carecía de recursos suficientes. Entre aquellas mujeres se encontraba Ḥalimah al-Saʿdiyyah, quien al principio también rechazó al niño. Sin embargo, después de visitar la mayoría de las casas sin encontrar un niño de una familia acomodada que pudiera proporcionarle una buena remuneración —especialmente en un año de intensa sequía y extrema necesidad— decidió regresar a la

casa de Āminah y aceptar de buen grado hacerse cargo del pequeño huérfano.

Ḥalīmah había llegado a La Meca junto con su esposo montada sobre una burra extremadamente delgada y lenta. Sin embargo, durante el viaje de regreso, mientras llevaba al Mensajero de Al-lah (PyB) en su regazo, el animal comenzó a correr con una rapidez sorprendente, adelantando a todas las demás monturas, lo que dejó asombrados a sus compañeros de viaje.

Ḥalīmah relataba también que antes apenas tenía leche para alimentar a su propio hijo, quien lloraba constantemente por el hambre. Pero tan pronto como amamantó al Mensajero de Al-lah (PyB), la leche comenzó a fluir abundantemente. Asimismo, contaba que las tierras de Banū Sa‘d eran áridas y estériles, pero desde que tuvo el honor de criar a aquel niño, sus tierras reverdecieron, su ganado prosperó y toda su situación cambió por completo, pasando de la pobreza y la escasez a la prosperidad y la abundancia.

Muhammad (PyB) permaneció dos años bajo el cuidado de Ḥalīmah, quien lo protegía con el mayor esmero. Desde el principio sentía que aquel niño estaba rodeado de acontecimientos extraordinarios. Al cumplirse los dos años, lo llevó de regreso junto a su madre y a su abuelo en La Meca. Sin embargo, tras contemplar las bendiciones que habían

acompañado la presencia del niño y cómo estas habían transformado su vida, suplicó insistentemente a Āminah que le permitiera conservarlo durante algún tiempo más. Āminah aceptó, y Ḥalimah regresó feliz con el pequeño a las tierras de Banū Sa‘d.

La apertura del pecho (Shaqq al-Ṣadr):

Un día, cuando Muhammad (PyB) estaba próximo a cumplir cuatro años y jugaba con su hermano de leche, hijo de Ḥalimah, lejos de las tiendas, este regresó corriendo completamente aterrorizado. Se dirigió a su madre y le pidió que acudiera de inmediato en ayuda de su hermano coraiḥí. Cuando ella le preguntó qué había sucedido, respondió: «He visto a dos hombres vestidos de blanco que se lo llevaron aparte, lo tendieron en el suelo y le abrieron el pecho».

Antes incluso de que terminara de hablar, Ḥalimah salió corriendo hacia Muhammad (PyB). Lo encontró de pie, inmóvil y con el rostro intensamente pálido. Le preguntó angustiada qué le había ocurrido, y él la tranquilizó asegurándole que se encontraba bien.

Después le relató que dos hombres vestidos de blanco lo habían tomado, le habían abierto el pecho, extraído el corazón y sacado de él un coágulo negro que arrojaron lejos. Luego lavaron su corazón, lo devolvieron a su lugar, pasaron sus manos sobre su pecho y desaparecieron. Ḥalimah regresó con él a la

tienda y, al amanecer del día siguiente, decidió llevarlo de vuelta junto a su madre en La Meca.

Āminah se sorprendió al verla regresar antes de lo previsto, especialmente porque conocía el enorme cariño que sentía por el niño. Cuando le preguntó el motivo, Ḥalīmah le contó lo sucedido.

Tiempo después, Āminah viajó con su hijo a Medina para visitar a sus familiares maternos del clan de Banū al-Naʿỵyār, donde permanecieron algunos días. Durante el viaje de regreso a La Meca, falleció en un lugar llamado Al-Abwāʾ, donde fue enterrada. Muhammad (PyB) tenía entonces seis años y allí se despidió para siempre de su madre. Su abuelo, ʿAbd al-Muṭṭalib, procuró compensar aquella pérdida cuidándolo con gran afecto. Sin embargo, cuando Muhammad (PyB) cumplió ocho años, también falleció su abuelo. A partir de entonces, su tío Abū Ṭālib asumió su tutela, a pesar de tener una familia numerosa y recursos muy limitados. Tanto Abū Ṭālib como su esposa lo trataron como a uno de sus propios hijos, y el joven huérfano desarrolló un profundo afecto por ellos. En ese ambiente creció distinguiéndose por su veracidad y su honestidad, hasta el punto de que llegó a ser conocido entre su pueblo como Al-Amīn (el Digno de Confianza) y Al-Ṣādiq (el Veraz). Cuando alguien decía: «Ha llegado Al-Amīn» o «Ha llegado Al-Ṣādiq», todos sabían que se refería a Muhammad (PyB).

Al llegar a la juventud comenzó a ganarse el sustento con su propio esfuerzo. Su primer trabajo fue el de pastor de ovejas para algunos miembros de Quraysh, a cambio de una modesta remuneración.

Más adelante participó en un viaje comercial hacia el Levante (Ash-Shām) con mercancías pertenecientes a Jādīyah bint Juwaylid, una acaudalada viuda. El encargado de administrar sus bienes durante aquel viaje era su sirviente Maysarah. Gracias a la honestidad del Mensajero de Al-lah (PyB), el comercio obtuvo unas ganancias extraordinarias. Cuando Jādīyah preguntó a Maysarah cuál había sido la causa de aquel éxito sin precedentes, este le explicó que Muhammad ibn ‘Abdul-lāh había dirigido personalmente las operaciones de compra y venta, y que la gente acudía masivamente a tratar con él debido a su honestidad y excelente comportamiento, obteniéndose grandes beneficios sin cometer injusticia alguna. Al escuchar estas palabras, y conociendo ya las nobles cualidades de Muhammad ibn ‘Abdul-lāh, Jādīyah aumentó aún más su admiración por él y decidió proponerle matrimonio. Para ello envió a una de sus parientes a conocer su disposición. Muhammad (PyB) tenía entonces veinticinco años. Él aceptó la propuesta y el matrimonio se celebró felizmente. Tras el matrimonio, Muhammad (PyB) asumió la

administración de los bienes de Jadīyah, demostrando una extraordinaria capacidad y honestidad. Con el paso de los años, Al-lah los bendijo con varios hijos. Tuvieron cuatro hijas: Zaynab, Ruqayyah, Umm Kulthūm y Fāṭimah; y dos hijos varones: Al-Qāsim y ‘Abdul-lāh, quienes fallecieron siendo aún niños.

La Profecía (Al-Nubuwwah):

A medida que se acercaba a los cuarenta años de edad, el Profeta (PyB) acostumbraba a retirarse en soledad a la cueva de Ḥirā’, situada en una montaña al este de La Meca, donde permanecía varios días y noches dedicado a la adoración de Al-lah.

En la noche del veintiuno de Ramadán, cuando ya había cumplido los cuarenta años, se le presentó el ángel Gabriel —la paz sea con él— y le dijo: «¡Lee!». Él respondió: «No sé leer». Gabriel repitió la orden una segunda y una tercera vez y, en esta última, le dijo: La aleya en la que Al-lah, Altísimo sea, dice: «¡Lee en el nombre de tu Señor, que ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo. ¡Lee!, que tu Señor es el más Generoso. Aquel que enseñó por medio del cálamo. Enseñó al hombre lo que no sabía» [Al-‘Alaq (96): 1-5]. Después de ello, Gabriel se retiró. El Mensajero de Al-lah (PyB), profundamente impresionado por lo sucedido, no

pudo permanecer más tiempo en la cueva de Ḥirā' y regresó a su hogar. Entró donde se encontraba su esposa Jadīyah con el corazón sobrecogido y dijo: «¡Arropadme, arropadme!». Ella lo cubrió con un manto hasta que recuperó la calma. Entonces le relató lo sucedido y añadió: «He temido por mí mismo». Jadīyah lo tranquilizó diciéndole: «¡No, por Al-lah! Al-lah jamás te deshonrará. Tú mantienes los lazos de parentesco, ayudas a quien no puede valerse por sí mismo, das al necesitado, acoges calurosamente al huésped y socorres a quienes son golpeados por las desgracias».

Poco tiempo después, el Profeta (PyB) regresó a la cueva de Ḥirā' para continuar con sus retiros de adoración. Al concluir uno de ellos, descendía hacia La Meca cuando, en el fondo del valle, se le apareció nuevamente Gabriel, sentado sobre un trono entre el cielo y la tierra. Entonces recibió una nueva revelación. Fueron las aleyas en las que Al-lah, Altísimo sea, dice: «¡Oh, tú que te envuelves en el manto! ¡Levántate y advierte! ¡A tu Señor glorifica! ¡Tus vestiduras purifica! ¡Y de la abominación [de los ídolos] apártate!» [Al-Muddaththir (74): 1-5]. A partir de ese momento, la revelación continuó descendiendo de manera sucesiva.

Cuando el Profeta (PyB) comenzó a llamar a la gente al Islam, su noble esposa Jadīyah respondió de inmediato al llamado de la fe. Atestiguó que no hay

divinidad digna de adoración excepto Al-lah y creyó en la misión profética de su esposo, convirtiéndose así en la primera persona en abrazar el Islam. Asimismo, el Mensajero de Al-lah (PyB) invitó a su íntimo amigo Abū Bakr al Islam, quien creyó en él y confirmó su mensaje sin el menor titubeo. Además, por gratitud y fidelidad hacia su tío Abū Ṭālib, que lo había protegido y acogido tras la muerte de su madre y de su abuelo, el Mensajero de Al-lah (PyB) había tomado bajo su cuidado a ‘Alī, uno de sus hijos, criándolo en su propio hogar y haciéndose cargo de su manutención. En aquel ambiente de fe, ‘Alī abrazó el Islam. Poco después también lo hizo Zayd ibn Ḥārizah, el esclavo liberado del Profeta (PyB).

Durante los primeros años, el Profeta (PyB) continuó realizando la predicación de forma secreta. Los musulmanes ocultaban su fe porque, cuando los idólatras de Quraysh descubrían que alguien había aceptado el Islam, lo sometían a las más crueles torturas para obligarlo a renegar de su religión.

La predicación pública:

Tras haber dedicado tres años a la predicación individual y secreta, Al-lah reveló la aleya en la que, Altísimo sea, dice: «Proclama abiertamente lo que se te ordena y apártate de los asociados» [Al-Ĥiġr (15): 94]. Un día, el Profeta (PyB) subió a la colina de Al-Şafā y comenzó a llamar a los habitantes de La Meca. Una gran multitud se reunió a su alrededor, entre ellos su tío Abū Lahab, uno de los acérrimos enemigos de Al-lah y de Su Mensajero. Cuando todos estuvieron reunidos, les preguntó: «¿Qué pensaríais si os dijera que detrás de esta montaña hay un ejército dispuesto a atacaros? ¿Me creeríais?» Ellos respondieron: «Jamás hemos conocido de ti sino veracidad y honestidad». Entonces les dijo: «Ciertamente, he sido enviado para advertiros de un severo castigo». A continuación, el Mensajero de Al-lah (PyB) comenzó a llamarlos a la adoración exclusiva de Al-lah y a abandonar la idolatría que practicaban. En ese momento, Abū Lahab se levantó de entre la multitud y exclamó: «¡Perezcas! ¿Para esto nos has reunido?» Entonces Al-lah reveló acerca de él la sura que permanecerá recitándose hasta el Día de la Resurrección: «¡Perezcan las manos de Abū Lahab, y perezca él! De nada le servirán sus riquezas ni cuanto adquirió. Arderá en un fuego llameante; y también

su mujer, la portadora de la leña, que llevará al cuello una cuerda de fibras de palma» [Al-Masad (111): 1-5].

El Profeta (PyB) continuó proclamando abiertamente el mensaje del Islam. Rezaba junto a la Kaaba, acudía a las reuniones públicas y visitaba los mercados para invitar a la gente a la adoración de Al-lah. Como consecuencia de ello, sufrió numerosos agravios, al tiempo que se intensificaron las persecuciones contra quienes habían abrazado el Islam. Entre los casos más conocidos se encuentran los de Yāsir, Sumayyah y su hijo ‘Ammār. Yāsir y Sumayyah murieron como mártires debido a la brutalidad de las torturas que padecieron, siendo Sumayyah —que Al-lah esté complacido con ella— la primera mártir del Islam. Asimismo, Bilāl ibn Rabāḥ al-Ḥabashī sufrió terribles tormentos a manos de Umayyah ibn Jalaf y Abū Ŷahl. Bilāl había aceptado el Islam por mediación de Abū Bakr. Cuando su amo, Umayyah ibn Jalaf, tuvo conocimiento de ello, recurrió a toda clase de torturas para obligarlo a renegar de su fe, pero Bilāl permaneció firme. Umayyah solía llevarlo encadenado a las afueras de La Meca, tenderlo sobre la arena abrasadora del desierto y colocar una enorme roca sobre su pecho. Después, él y sus acompañantes lo azotaban sin descanso mientras Bilāl repetía una y otra vez: iḤad, Ḥad! («¡Uno, Uno!»). Esta situación continuó hasta que Abū Bakr —que Al-lah esté complacido con

él— pasó por allí, lo vio en aquel estado, lo compró a Umayyah y lo liberó por la causa de Al-lah.

Ante la intensidad de aquellas persecuciones, el Mensajero de Al-lah (PyB) dispuso sabiamente que los musulmanes no manifestaran públicamente su fe y se reunieran con él de forma discreta. Si los encuentros hubieran sido públicos, los idólatras habrían impedido que recibieran enseñanza y orientación, e incluso podrían haber provocado un enfrentamiento directo entre ambas partes. Dado el escaso número de musulmanes y la limitada capacidad de la que disponían en aquellos primeros años, un enfrentamiento abierto habría podido conducir a su aniquilación. Por ello, actuar con discreción constituía una decisión llena de sabiduría. En cuanto al Mensajero de Al-lah (PyB), él continuó proclamando el mensaje y adorando a Al-lah públicamente en medio de los idólatras, soportando con paciencia los constantes agravios y persecuciones de los incrédulos de Quraysh.

La emigración a Abisinia:

Debido a que los idólatras persistían en torturar a todo aquel cuya conversión al Islam salía a la luz, especialmente a los más débiles y vulnerables, los Compañeros solicitaron permiso al Mensajero de Al-lah (PyB) para emigrar con su religión a Abisinia, donde gobernaba el Negus (An-Naÿāshī), un rey

justo bajo cuya protección podrían practicar libremente su fe. Muchos musulmanes temían por sus vidas y por las de sus familias a causa de las persecuciones de Quraysh. El Profeta (PyB) les concedió el permiso, y la emigración tuvo lugar en el quinto año de la Misión Profética. Cerca de setenta musulmanes, junto con sus familias, partieron hacia Abisinia. Entre ellos se encontraban ‘Uthmān ibn ‘Affān y su esposa Ruqayyah, hija del Mensajero de Al-lah (PyB). A la sazón, Quraysh intentó frustrar su estancia en Abisinia, por lo que envió regalos al rey y le pidió que entregara a aquellos emigrantes, alegando que los musulmanes ofendían a Jesús —la paz sea con él— y a su madre. Cuando el Negus les preguntó sobre ese asunto, los musulmanes le explicaron lo que el Corán enseña acerca de Jesús —la paz sea con él—, le expusieron la verdad y recitaron ante él la sura de María (19). Conmovido por aquellas palabras, el Negus les concedió su protección, rechazó la petición de Quraysh y se negó rotundamente a entregarlos. Creyó en el mensaje del Profeta (PyB) y aceptó el Islam.

En el mes de Ramadán de ese mismo año, el Profeta (PyB) se presentó en el Recinto Sagrado (Al-Ḥaram), se situó ante la gente y comenzó a recitar la sura de Al-Na’īm. Una gran multitud de Quraysh se encontraba presente. Hasta entonces, aquellos incrédulos evitaban escuchar el Corán, pues se

exhortaban mutuamente a no prestar atención a las palabras del Mensajero de Al-lah (PyB). Sin embargo, cuando el Profeta (PyB) comenzó a recitar la sura, la fuerza y la belleza de las palabras de Al-lah cautivaron sus corazones, y permanecieron escuchando atentamente hasta que llegó al final de la recitación: «¡Postraos ante Al-lah y adoradle!» [Al-Na'îm (53): 62]. Entonces el Profeta (PyB) se postró, y todos los presentes, incapaces de contenerse ante el impacto de la recitación, cayeron también prosternados.

Quraysh continuó combatiendo el mensaje del Profeta (PyB) recurriendo a toda clase de métodos: torturas, persecuciones, amenazas e intentos de seducción. Sin embargo, todo ello no hizo sino fortalecer a los creyentes y aumentar el número de quienes abrazaban el Islam. Finalmente, recurrieron a una nueva medida. Redactaron un documento que todos firmaron y colgaron en el interior de la Kaaba, mediante el cual acordaban imponer un boicot total contra los musulmanes y Banū Hāshim: no comerciarían con ellos, no contraerían matrimonio con ellos, no mantendrían relaciones sociales ni les prestarían ningún tipo de ayuda. Como consecuencia de ello, los musulmanes y Banū Hāshim se vieron obligados a refugiarse en el desfiladero de Abū Ṭālib (Shi‘b Abī Ṭālib), donde soportaron tres años de hambre, privaciones y enormes sufrimientos. Quienes

poseían recursos gastaron gran parte de sus bienes para sostener a la comunidad, hasta el punto de que Jadīyah —que Al-lah esté complacido con ella— empleó toda su fortuna en apoyar a los musulmanes. Las enfermedades se propagaron entre ellos y muchos estuvieron al borde de la muerte. A pesar de ello, permanecieron firmes, pacientes y ninguno renunció a su fe. Al cabo de tres años, varios hombres influyentes de Quraysh, movidos por los vínculos de parentesco que los unían a Banū Hāshim, decidieron poner fin al boicot y lo proclamaron públicamente. Cuando fueron a retirar el documento de la Kaaba, descubrieron que las termitas lo habían devorado por completo y que únicamente permanecían intactas las palabras: «En Tu nombre, ioh, Al-lah!» (Bismika Al-lāhumma).

Así concluyó el asedio. Los musulmanes y Banū Hāshim regresaron a La Meca, aunque Quraysh continuó persiguiendo y combatiendo a los musulmanes.

El Año de la Tristeza (‘Ām al-Ḥuzn):

Una grave enfermedad comenzó a consumir el cuerpo de Abū Ṭālib, tío del Profeta (PyB), hasta dejarlo postrado en cama. Poco después entró en la agonía de la muerte. El Mensajero de Al-lah (PyB) permanecía junto a su cabecera, rogándole que pronunciara antes de morir: «Lā ilāha il-lā Al-lāh» («No hay más divinidad digna de adoración que Al-

lah»). Sin embargo, las malas compañías que lo rodeaban, encabezadas por Abū Ŷahl, se lo impedían diciéndole: «¿Vas a abandonar la religión de tus padres y de tus antepasados? ¿Acaso vas a renunciar a la religión de ‘Abd al-Muṭṭalib?». Continuaron insistiendo hasta que murió en el politeísmo (shirk). Por ello, el dolor del Mensajero de Al-lah (PyB) fue aún mayor, pues además de perder al tío que durante tantos años lo había protegido y defendido, este falleció sin aceptar el Islam. Aproximadamente dos meses después de la muerte de Abū Ṭālib, falleció también Jadīyah —que Al-lah esté complacido con ella—, lo que sumió al Mensajero de Al-lah (PyB) en una profunda tristeza. Tras la pérdida de su tío y de su noble esposa, las persecuciones y la hostilidad de Quraysh contra el Mensajero de Al-lah (PyB) se recrudecieron aún más.

El Mensajero de Al-lah (PyB) en Ṭā’if

Quraysh persistía en su tiranía y en los malos tratos contra los musulmanes. Ante esta situación, el Mensajero de Al-lah (PyB) decidió viajar a Ṭā’if con la esperanza de que Al-lah guiara a sus habitantes hacia el Islam.

El viaje no era fácil, debido a la dificultad del camino y a las montañas que rodeaban la ciudad. Sin embargo, la acogida que recibió fue extremadamente dura. Sus habitantes no solo rechazaron escuchar su

llamado, sino que lo expulsaron e incitaron a sus niños y a sus siervos para que le arrojaran piedras hasta hacerle sangrar los talones. El Profeta (PyB) emprendió entonces el camino de regreso a La Meca profundamente afligido. En ese momento se le apareció Gabriel —la paz sea con él— acompañado por el ángel encargado de las montañas. Gabriel le dijo: «Al-lah ha enviado al ángel de las montañas para que le ordenes lo que desees». Entonces el ángel de las montañas dijo: «¡Oh, Muhammad! Si lo deseas, haré que los dos montes que rodean la ciudad se desplomen sobre ellos». Pero el Profeta (PyB) respondió: «No. Espero que Al-lah haga surgir de su descendencia a quienes Lo adoren únicamente a Él, sin asociarle nada». Esta respuesta pone de manifiesto la inmensa paciencia del Profeta (PyB), así como la misericordia y la compasión que sentía hacia su pueblo, a pesar del enorme daño que le habían causado.

La división de la Luna:

Como parte de sus disputas con el Mensajero de Al-lah (PyB), los idólatras solían exigirle milagros que demostraran la veracidad de su mensaje. En una ocasión le pidieron que partiese la luna en dos. El Profeta (PyB) suplicó a su Señor, y Al-lah les mostró la luna dividida en dos partes. Quraysh contempló aquel milagro durante un tiempo; sin embargo, en

lugar de creer, dijeron: «Muhammad nos ha hechizado». Entonces uno de ellos respondió: «Si os ha hechizado a vosotros, no puede hechizar a toda la gente. Esperad a que lleguen los viajeros». Cuando regresaron algunos de los viajeros, les preguntaron por lo sucedido, y ellos confirmaron: «Sí, nosotros también lo vimos». A pesar de ello, Quraysh persistió en su incredulidad.

El Viaje Nocturno y la Ascensión

(Al-Isrā' wa al-Mi'rāy):

Después del regreso del Mensajero de Al-lah (PyB) de Ṭā'if, tras la muerte de Abū Ṭālib y de Jadīyah — que Al-lah esté complacido con ella—, y en medio del recrudecimiento de las persecuciones de Quraysh contra los musulmanes, las preocupaciones se acumularon en el corazón del Profeta (PyB). Entonces Al-lah quiso consolar a Su noble Profeta. Una noche, mientras el Mensajero de Al-lah (PyB) dormía, Gabriel —la paz sea con él— se presentó ante él con el Burāq, una montura semejante a un caballo, provista de dos alas y cuya velocidad era comparable a la del relámpago. Gabriel hizo montar al Profeta (PyB) sobre el Burāq y lo condujo hasta Bayt al-Maqdis (la mezquita de Al-Aqṣā), en Palestina. Desde allí ascendió con él a los cielos, donde contempló muchas de las grandes señales de su Señor. Durante aquella ascensión, Al-lah

prescribió las cinco oraciones diarias para la Umma. Esa misma noche, el Mensajero de Al-lah (PyB) regresó a La Meca con el corazón lleno de sosiego y una certeza aún más firme. A este respecto, Al-lah, Altísimo sea, dice: «¡Glorificado sea Aquel que llevó de noche a Su siervo desde la Mezquita Sagrada hasta la Mezquita Lejana, cuyos alrededores hemos bendecido, para mostrarle parte de Nuestros signos! Ciertamente, Él es Quien todo lo oye y todo lo ve» [Al-Isrā' (17): 1]. A la mañana siguiente, el Profeta (PyB) acudió a la Kaaba y comenzó a relatar a la gente lo que había sucedido. Los incrédulos intensificaron sus burlas y desmentidos. Entonces algunos de ellos le pidieron que describiera Bayt al-Maqdis con la intención de poner a prueba su veracidad. El Mensajero de Al-lah (PyB) comenzó a describirles detalladamente sus características, una tras otra. Pero los idólatras no quedaron satisfechos y le exigieron una prueba más. Entonces el Profeta (PyB) les dijo: «Durante el camino me encontré con una caravana que se dirige hacia La Meca». Les describió la caravana, les informó del número de sus camellos y del momento exacto en que llegaría. Todo ocurrió tal como él había anunciado. Sin embargo, los incrédulos persistieron en su incredulidad, su obstinación y su rechazo de la verdad. A la mañana siguiente del Viaje Nocturno, Gabriel —la paz sea con él— acudió al Mensajero de Al-lah (PyB) y le enseñó

la forma de realizar las cinco oraciones diarias y sus respectivos horarios, pues hasta entonces la oración consistía en dos rak‘āt por la mañana y dos rak‘āt por la tarde.

En aquella etapa, el Mensajero de Al-lah (PyB) centró su predicación en quienes llegaban a La Meca, después de que Quraysh persistiera en su rechazo de la verdad. Solía acudir a los campamentos y lugares donde se alojaban los peregrinos y visitantes para presentarles el Islam y explicarles su mensaje, mientras su tío Abū Lahab lo seguía advirtiéndolo a la gente contra él y contra su llamada. En una ocasión, se encontró con un grupo de habitantes de Medina y los invitó al Islam. Ellos escucharon atentamente su mensaje y aceptaron seguirlo y creer en él. Los habitantes de Medina habían oído con frecuencia a los judíos anunciar que estaba próximo el tiempo de la aparición de un profeta. Por ello, cuando el Mensajero de Al-lah (PyB) los invitó al Islam, comprendieron que se trataba del mismo profeta del que hablaban los judíos y dijeron: «Que los judíos no se nos adelanten en seguirlo». Aquellos primeros creyentes eran seis hombres. Al año siguiente llegaron desde Medina doce hombres que se reunieron con el Mensajero de Al-lah (PyB), quien les enseñó los fundamentos del Islam. Cuando regresaron a Medina, envió con ellos a Muṣ‘ab ibn

‘Umayr para enseñarles el Corán e instruirlos en las normas de la Sharía islámica. Con el favor de Al-lah, Muṣ‘ab ibn ‘Umayr desempeñó una labor extraordinaria en Medina. Su predicación tuvo un gran impacto entre sus habitantes, hasta el punto de que, cuando regresó a La Meca un año después, lo acompañaban setenta y dos hombres y dos mujeres de Medina que habían abrazado el Islam.

El Profeta (PyB) se reunió con ellos y pactaron brindarle apoyo, proteger su misión y comprometerse con la causa del Islam. Después regresaron a Medina.

La nueva sede de la predicación:

Medina se convirtió en un refugio seguro para la verdad y para sus seguidores. Por ello comenzó la emigración (Hiṡrah) de los musulmanes hacia aquella ciudad. Quraysh hizo todo lo posible por impedir esa emigración y sometió a muchos de los emigrantes a distintas formas de persecución y tortura. Por esta razón, los musulmanes emigraban en secreto, temiendo las represalias de Quraysh. En cuanto a Abū Bakr al-Ṣiddīq —que Al-lah esté complacido con él—, solicitaba con frecuencia permiso al Mensajero de Al-lah (PyB) para emigrar. Sin embargo, él le respondía: «No te apresures; quizá Al-lah te conceda un compañero de viaje». Así continuó hasta que la

mayoría de los musulmanes hubo emigrado a Medina.

Cuando Quraysh comprobó que los musulmanes se estaban estableciendo en Medina, se llenó de temor ante el fortalecimiento de Muhammad (PyB) y de su mensaje. Por ello, sus dirigentes se reunieron para deliberar y acordaron asesinar al Mensajero de Al-lah (PyB). Abū Ŷahl propuso: «Mi opinión es que cada tribu elija a uno de sus jóvenes más fuertes, armado con una espada. Todos atacarán a Muhammad al mismo tiempo y lo matarán de un solo golpe. Así, la responsabilidad de su sangre recaerá sobre todas las tribus y Banū Hāshim no podrá enfrentarse a todos nosotros». Al-lah, Glorificado y Exaltado sea, informó a Su noble Profeta de aquella conspiración. Entonces el Mensajero de Al-lah (PyB), después de que Al-lah le concediera permiso para emigrar, acordó con Abū Bakr emprender juntos la Hiŷrah. Aquella noche pidió a ‘Alī ibn Abī Ṭālib que durmiera en su lecho para hacer creer a los conspiradores que aún permanecía en su casa.

Los conspiradores llegaron y rodearon la casa; al ver a ‘Alī en el lecho, pensaron que era Muhammad (PyB) y se quedaron esperando a que saliera para abalanzarse sobre él y matarlo. El Mensajero de Al-lah (PyB) salió por en medio de ellos mientras rodeaban la casa, y esparció polvo sobre

sus cabezas. Al-lah les arrebató la vista, de modo que no se percataron de él. Se dirigió hacia Abū Bakr y ambos partieron juntos hacia Medina, ocultándose en la cueva de Zawr. En cuanto a Quraysh, sus jóvenes permanecieron esperando hasta el amanecer. Cuando amaneció, ‘Alī se levantó del lecho del Mensajero de Al-lah (PyB) dejándolos perplejos y frustrados. Le preguntaron por el Mensajero de Al-lah (PyB), pero él no les dijo nada, por lo que lo golpearon y lo arrastraron, aunque sin éxito alguno. Luego, Quraysh envió expediciones de búsqueda en todas direcciones y ofreció cien camellos a quien trajera a Muhammad (PyB), vivo o muerto. Los rastreadores llegaron hasta la misma entrada de la cueva donde se escondían el Profeta (PyB) y su compañero, al punto de que, si alguno de ellos hubiera mirado hacia sus propios pies, los habría visto. La angustia de Abū Bakr —que Al-lah esté complacido con él— por el Mensajero de Al-lah (PyB) se intensificó, pero el Profeta (PyB) le dijo: «¿Qué piensas, oh Abū Bakr, de dos, siendo Al-lah el tercero de ellos? No te entristezcas, ciertamente Al-lah está con nosotros». Y los hombres no los vieron. El Profeta (PyB) y su compañero permanecieron en la cueva durante tres días; luego partieron hacia Medina. El camino era largo y el sol abrasador. En la tarde del segundo día, pasaron por la tienda de una mujer llamada Umm Ma‘bad y le pidieron comida y

bebida, pero no tenía nada, excepto una oveja famélica a la que la debilidad le impedía ir a pastar, y que no tenía ni una gota de leche. Entonces el Mensajero de Al-lah (PyB) se acercó a ella, frotó sus ubres y la leche comenzó a brotar. Luego la ordeñó, llenando un gran recipiente, mientras Umm Ma‘bad se quedó de pie, asombrada por lo que había visto. Bebieron todos hasta saciarse; luego la ordeñó por segunda vez, llenó el recipiente, lo dejó con Umm Ma‘bad y continuó su camino.

Los habitantes de Medina esperaban con ansias la llegada del Profeta (PyB) y salían a esperarlo cada día a las afueras de la ciudad. El día de su llegada, acudieron a él regocijados y dándole la bienvenida. Él se estableció en Qubā’, en la periferia de Medina, donde permaneció cuatro días; en ellos fundó la mezquita de Qubā’, que fue la primera mezquita construida en el Islam. Al quinto día, marchó hacia Medina. Muchos de los Anṣār (los Auxiliadores) intentaban ganarse el honor de hospedar al Mensajero de Al-lah (PyB) en sus hogares, por lo que tomaban las riendas de su camella; pero él les agradecía y decía: «Dejadla, pues ciertamente está guiada por una orden». Cuando la camella llegó al lugar que Al-lah le había ordenado, se arrodilló, pero él no descendió de ella. La camella se levantó, avanzó un poco, luego se volvió, regresó y se arrodilló en su sitio inicial. Entonces él descendió

de ella, y ese lugar se convirtió en el emplazamiento de la Mezquita del Profeta (Al-Mas'îd al-Nabawî). El Profeta (PyB) se hospedó en la casa de Abū Ayyūb Al-Anṣārī —que Al-lah esté complacido con él—.

En cuanto a 'Alī bin Abī Ṭālib —que Al-lah esté complacido con él—, permaneció en La Meca durante tres días después de la partida del Profeta (PyB), durante los cuales restituyó a sus respectivos dueños los depósitos de confianza (amānāt) que la gente había dejado en custodia al Profeta (PyB). Luego partió hacia Medina y se reunió con el Profeta (PyB) en Qubā'.

El Profeta (PyB) en Medina:

El Mensajero (PyB) construyó su mezquita en el lugar donde se había arrodillado la camella, tras habérselo comprado a sus propietarios. Asimismo, estableció la hermandad (ājah) entre los Emigrantes (Muhāyirūn) —que eran sus compañeros que llegaron con él desde La Meca— y los Anṣār —quienes los socorrieron de entre los habitantes de Medina—, asignando a cada hombre de los Anṣār un hermano de los Muhāyirūn para que compartiera con él sus bienes. Así, los Emigrantes y los Auxiliadores comenzaron a trabajar juntos, fortaleciéndose los lazos de hermandad entre ellos.

Quraysh mantenía vínculos con los judíos de Medina e intentaba, a través de ellos, sembrar la

discordia y la división entre los musulmanes. Quraysh también amenazaba y advertía a los musulmanes con exterminarlos. De este modo, el peligro rodeó a los musulmanes tanto desde el interior como desde el exterior, llegando al punto de que los Compañeros no pasaban la noche sin tener sus armas consigo. En estas severas circunstancias, Al-lah reveló el permiso para combatir. Entonces el Mensajero (PyB) comenzó a organizar expediciones militares para explorar los movimientos del enemigo, así como para interceptar sus caravanas comerciales con el fin de ejercer presión sobre ellos y hacerles sentir la fuerza de los musulmanes, para que buscaran la paz y les dejaran la libertad de difundir el Islam y ponerlo en práctica. Asimismo, el Profeta (PyB) celebró pactos y alianzas con algunas tribus.

La gran batalla de Badr:

En una ocasión, el Mensajero (PyB) se propuso interceptar una de las caravanas comerciales de Quraysh que procedía del Levante (Ash-Shām), por lo que partió con trescientos trece hombres, y no llevaban consigo más que dos caballos y setenta camellos. La caravana de Quraysh estaba compuesta por mil camellos y era liderada por Abū Sufyān, quien estaba acompañado por cuarenta hombres. Sin embargo, Abū Sufyān se enteró de la salida de los musulmanes, por lo que envió un emisario a La Meca

para informarles de la situación y solicitar su auxilio. Asimismo, cambió de rumbo y tomó otra ruta, de modo que los musulmanes no lograron interceptarla. Por su parte, Quraysh partió con un ejército compuesto por mil combatientes; no obstante, les llegó un mensajero enviado por Abū Sufyān para comunicarles que la caravana estaba a salvo y pedirles que regresaran a La Meca, pero Abū Ḥahl se negó a volver y continuaron su marcha.

Cuando el Mensajero (PyB) se enteró de la movilización de Quraysh, consultó a sus Compañeros, y todos concordaron en salir al encuentro de los incrédulos y combatir contra ellos. En la mañana del decimoséptimo día de Ramadán del segundo año de la hégira, ambos bandos se enfrentaron en una feroz batalla que concluyó con la victoria de los musulmanes, de cuyas filas cayeron catorce mártires. En cuanto a los idólatras, setenta hombres resultaron muertos y otros setenta fueron tomados prisioneros. Durante el transcurso de la batalla, falleció Ruqayyah, la hija del Mensajero (PyB) y esposa de ‘Uthmān bin ‘Affān —que Al-lah esté complacido con él—, ya que su esposo se había quedado con ella en Medina y no marchó a esa expedición debido a que el Mensajero (PyB) le pidió que permaneciera junto a su esposa enferma. Después de la batalla, el Mensajero (PyB) casó a ‘Uthmān con su segunda hija, Umm Kulthūm; por

esta razón, él es apodado «El poseedor de las dos luces» (Dhū al-Nūrayn), ya que se casó con dos de las hijas del Profeta (PyB).

Después de la batalla de Badr, los musulmanes regresaron a Medina regocijados por la victoria concedida por Al-lah, llevando consigo a los prisioneros y los botines de guerra. En cuanto a los prisioneros, algunos pagaron un rescate por su propia libertad, otros fueron liberados sin exigirles rescate alguno y, para otros, su rescate consistió en enseñar a leer y a escribir a diez niños musulmanes.

La batalla de Uhud:

Esta batalla tuvo lugar entre los musulmanes y los incrédulos de La Meca un año después de la expedición de Badr. Los idólatras estaban decididos a vengarse de los musulmanes tras su derrota en la batalla de Badr, por lo que partieron con tres mil combatientes, mientras que los musulmanes les hicieron frente con unos setecientos hombres. Al principio, los musulmanes salieron victoriosos y superaron a los incrédulos, quienes huyeron despavoridos en dirección a La Meca. Sin embargo, regresaron nuevamente y se abalanzaron sobre los musulmanes desde el flanco de la montaña, después de que los arqueros incumplieran la estrategia que el Mensajero de Al-lah (PyB) les había trazado y descendieran de la cima de la montaña para recoger

el botín. En consecuencia, la balanza de esta batalla se inclinó a favor de los idólatras.

La batalla de al-Jandaq (el Foso):

Después de la batalla de Uḥud, un grupo de judíos acudió a los habitantes de La Meca y los incitó a invadir a los musulmanes en Medina, prometiéndoles ayuda y apoyo continuo, a lo cual ellos accedieron. Luego, los judíos incitaron a otras tribus a atacar a los musulmanes, y estas también respondieron afirmativamente a su llamado. Así, los idólatras comenzaron a dirigirse hacia Medina desde todas partes, hasta que se congregaron a su alrededor unos diez mil combatientes.

El Profeta (PyB) se había enterado de los movimientos del enemigo, por lo que consultó a sus Compañeros sobre el asunto. Salmān Al-Fārisī —que Al-lah esté complacido con él— le sugirió cavar un foso alrededor de Medina, en la zona que carecía de protección montañosa. Los musulmanes participaron activamente en la excavación del foso hasta que lo completaron rápidamente. Los idólatras permanecieron acampados en las afueras de Medina durante casi un mes, incapaces de cruzar el foso. Luego, Al-lah —Glorificado y Exaltado sea— envió un fuerte viento contra los incrédulos que arrancó sus tiendas de campaña; el pánico se apoderó de ellos y partieron apresuradamente de regreso a sus tierras.

Así, Al-lah derrotó a los coligados (Al-Aḥzāb), Él solo, y socorrió a los musulmanes.

La conquista de La Meca (Fath Makkah):

En el octavo año de la hégira, el Mensajero (PyB) decidió marchar hacia La Meca para conquistarla. Partió el diez de Ramadán con diez mil combatientes y entró en La Meca sin combatir, ya que Quraysh se rindió. Al-lah concedió la victoria a los musulmanes, y el Profeta (PyB) se dirigió a la Mezquita Sagrada (Al-Masʿūd al-Ḥarām), donde circunvaló la Kaaba. Luego realizó dos ciclos de oración (rakʿah) en su interior y, acto seguido, destruyó todos los ídolos que se encontraban dentro y encima de ella. Después, se plantó ante la puerta de la Kaaba mientras los de Quraysh esperaban abajo para ver qué haría con ellos. El Profeta (PyB) les dijo: «¡Oh, gente de Quraysh! ¿Qué pensáis que voy a hacer con vosotros?». Respondieron: «El bien; eres un hermano generoso e hijo de un hermano generoso». Él dijo: «Id, pues sois libres» (Antum al-ṭulaqāʾ). De este modo, el Mensajero (PyB) dio el más grandioso ejemplo de perdón hacia sus enemigos, quienes habían torturado a sus Compañeros, los habían maltratado y lo habían expulsado de su propia tierra.

Tras la conquista de La Meca, la gente comenzó a ingresar en la religión de Al-lah en oleadas. En el

décimo año de la hégira, el Mensajero (PyB) realizó el Hajj, el cual fue su única peregrinación. Hicieron el Hajj con él más de cien mil personas y, tras concluir los ritos del Hajj, el Profeta (PyB) regresó a Medina.

Enviar delegaciones y cartas a los reyes

La misión del Profeta (PyB) se hizo evidente y su prédica se difundió, por lo que comenzaron a llegar delegaciones a Medina desde todas partes para anunciar su entrada en la religión del Islam.

Asimismo, el Profeta (PyB) comenzó a enviar cartas a los reyes y gobernantes invitándolos al Islam. Algunos de ellos respondieron positivamente y creyeron; otros respondieron de manera cortés y enviaron obsequios, pero no abrazaron el Islam; y otros se enfurecieron y rasgaron la carta del Profeta (PyB), tal como hizo Cosroes (Kisrā), rey de los persas, quien rompió la carta del Profeta (PyB). Ante esto, el Profeta (PyB) suplicó en su contra diciendo: «¡Oh, Al-lah! Despedaza su reino». No transcurrió mucho tiempo antes de que su propio hijo se rebelara contra él, lo asesinara y tomara el trono.

Por su parte, Al-Muqawqis, rey de Egipto, no abrazó el Islam, pero honró al mensajero del Profeta (PyB) y envió con él obsequios para el Profeta (PyB). Lo mismo hizo el César (Qayṣar) de los romanos, quien respondió de manera afable, honró al mensajero del Profeta (PyB) y le entregó regalos.

En cuanto a Al-Mundhir bin Sāwā, gobernador de Baréin, cuando le llegó la carta del Profeta (PyB), la leyó ante el pueblo de Baréin; algunos de ellos creyeron y otros la rechazaron.

La muerte del Profeta (PyB):

Aproximadamente dos meses y medio después de su regreso de la peregrinación, comenzó a enfermar, y la enfermedad se fue agravando día tras día. Cuando ya no pudo liderar a la gente en la oración, le pidió a Abū Bakr Al-Ṣiddīq que dirigiera la oración.

El lunes doce de Rabī‘ al-Awwal del undécimo año de la hégira, el Mensajero (PyB) partió hacia el Compañero Supremo (Al-Rafīq al-A‘lā), habiendo cumplido sesenta y tres años de edad. La noticia llegó a los Compañeros, quienes estuvieron a punto de perder el conocimiento y no podían creer lo sucedido, hasta que Abū Bakr Al-Ṣiddīq —que Al-lah esté complacido con él— se levantó ante ellos para pronunciar un sermón, tranquilizarlos y aclararles que el Mensajero (PyB) era un ser humano, y que moriría tal como mueren los demás seres humanos. Entonces la gente se tranquilizó. El Mensajero (PyB) fue lavado, amortajado y enterrado en la habitación de su esposa ‘Ā’ishah —que Al-lah esté complacido con ella—. El Mensajero (PyB) vivió en La Meca cuarenta años antes de la Profecía y trece años

después de ella, y vivió diez años en Medina después de la hégira.

Tras el fallecimiento del Mensajero (PyB), los musulmanes acordaron unánimemente elegir a Abū Bakr Al-Ṣiddīq —que Al-lah esté complacido con él— como califa de los musulmanes, convirtiéndose así en el primero de los Califas Ortodoxos (Al-Julafā' al-Rāshidūn).

Las características físicas del Profeta (PyB):

El Mensajero de Al-lah (PyB) era de estatura media, ni excesivamente alto ni bajo. Tenía los hombros anchos, las extremidades proporcionadas y el pecho amplio. Era el hombre de rostro más hermoso; de tez blanca con un matiz rosado, rostro redondo, ojos naturalmente delineados, nariz perfilada, boca bien formada y barba tupida. Poseía un aroma agradable y una piel suave al tacto. Se narró que Anas bin Mālik —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «Nunca he oído ámbar, ni almizcle, ni nada más agradable que el aroma del Mensajero de Al-lah (PyB); y jamás mi mano ha tocado nada que fuera más suave al tacto que la mano del Mensajero de Al-lah (PyB)».

Su rostro siempre se mostraba risueño, era de sonrisa constante, poseía una hermosa voz y hablaba poco, es decir, solo lo necesario. Se narró que Anas

ibn Mālik —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «Era el más hermoso, el más generoso y el más valiente de los hombres».

Entre los nobles caracteres del Profeta (PyB):

El Mensajero de Al-lah (PyB) era el más valiente de los hombres. Se narró que ‘Alī bin Abī Ṭālib —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «Cuando el combate se intensificaba y los dos ejércitos se enfrentaban cara a cara, nos resguardábamos detrás del Mensajero de Al-lah (PyB)». Asimismo, era el más desprendido y generoso de los hombres; jamás se le pidió nada a lo que respondiera «no». Era el más tolerante y paciente de los hombres; nunca se vengaba por asuntos personales ni se enfurecía por sí mismo, a menos que se transgredieran los límites sagrados de Al-lah, en cuyo caso aplicaba la justicia por la causa de Al-lah. Asimismo, ante la justicia y el derecho, el cercano y el lejano, el fuerte y el débil eran iguales para él. Subrayó firmemente que nadie tiene superioridad sobre otro excepto por la piedad (taqwā), que las personas son iguales y que la causa de la destrucción de las naciones del pasado fue que, si alguien de la nobleza robaba, lo dejaban libre, pero si robaba el débil, le aplicaban el castigo legal. Llegó

a decir: «¡Por Al-lah! Si Fāṭimah, la hija de Muhammad, robara, le cortarí la mano».

Jamás criticaba la comida: si le apetecía, comía, y si no, la dejaba. Podían pasar uno o dos meses enteros sin que se encendiera fuego [para cocinar] en las casas de la familia de Muhammad; su único sustento eran los dátiles y el agua. A causa del hambre, llegaba a atarse una o dos piedras sobre el estómago. Él mismo remendaba sus sandalias, cosía su ropa y ayudaba a su familia en las tareas del hogar. Solía visitar a los enfermos y era el más humilde de los hombres; respondía a la invitación de quien lo llamara, ya fuera rico o pobre, noble o plebeyo. Amaba a los necesitados, asistía a sus funerales y visitaba a sus enfermos; no menospreciaba a ningún pobre por su pobreza ni temía a ningún rey por su poder. Montaba a caballo, en camello, en asno y en mula.

Era la persona que más sonreía y la de semblante más afable, a pesar de las muchas tristezas y tribulaciones que le afligían. Le agradaban los buenos perfumes y detestaba los malos olores. Al-lah reunió en él la perfección del carácter y la excelencia de las acciones, y Al-lah, Altísimo sea, le concedió un conocimiento que no otorgó a nadie más entre los primeros ni los últimos. Todo esto siendo iletrado (ummī): no sabía leer ni escribir, ni tuvo maestro humano alguno; sin embargo, trajo este

Corán de parte de Al-lah, sobre el cual la aleya en la que Al-lah, Altísimo sea, dice: «Di: Si los humanos y los genios se unieran para traer un Corán como este, no podrían traer otro igual, aunque se ayudaran unos a otros» [Al-Isrā' (17): 88]. El hecho de haber crecido e iniciado su misión siendo iletrado (PyB) desarticuló por completo el argumento de los detractores que afirmaban que él había escrito el Corán, lo había aprendido o lo había copiado de las fuentes de los antiguos.

De sus milagros (PyB):

Ciertamente, el mayor de sus milagros (PyB) es el Noble Corán, el milagro permanente hasta el establecimiento de la Hora, el cual dejó impotentes a los elocuentes y asombró a los retóricos. Al-lah desafió a todos a traer diez suras semejantes a él, luego una sola sura, e incluso algo comparable a una de sus aleyas; pero los idólatras reconocieron su inimitabilidad.

Y entre sus milagros se encuentra que, cuando los idólatras le pidieron un día que les mostrara una señal, les mostró la división de la luna, y esta se partió en dos. Asimismo, entre sus milagros está el brotar del agua de entre sus dedos en numerosas ocasiones, así como la glorificación de Al-lah por parte de los guijarros en la palma de su mano. Después los colocó en la palma de Abū Bakr, luego

en la de ‘Umar y después en la de ‘Uthmān, y continuaron glorificando a Al-lah.

También solían escuchar la glorificación de la comida mientras se la comía en su presencia; asimismo, las piedras y los árboles lo saludaban. Es más, habló la paletilla de la oveja envenenada que una mujer judía le había regalado con la intención de matarlo. Además, un beduino le pidió que le mostrara una señal, por lo que ordenó a un árbol que se acercara a él, y este vino hasta su presencia; luego le ordenó regresar y volvió a su lugar. además, frotó la ubre de una oveja que no tenía leche, y esta se llenó de leche; entonces la ordeñó, bebió de ella y dio de beber a Abū Bakr. Escupió en los ojos de ‘Alī bin Abī Ṭālib —que Al-lah esté complacido con él— cuando padecía de conjuntivitis (ramad), y sanó al instante. La pierna de uno de los Compañeros resultó herida; él la frotó y sanó de inmediato. Unido a esto, suplicó por Anas bin Mālik pidiendo para él una larga vida, abundancia de bienes e hijos, y que Al-lah bendijera todo ello. Como resultado, le nacieron ciento veintidós hijos, nietos y bisnietos, sus palmeras daban frutos dos veces al año (cuando lo habitual es que den frutos una sola vez al año) y vivió ciento veinte años.

Un Compañero le transmitió su queja por la sequía mientras él estaba en el púlpito (minbar). Entonces levantó sus manos suplicando a Al-lah —

Poderoso y Majestuoso sea—, cuando no había ninguna nube en el cielo. De pronto surgieron nubes como montañas y cayó una lluvia torrencial que se prolongó hasta el viernes siguiente, al punto de que volvieron a quejarse ante él por el exceso de lluvia. Entonces suplicó nuevamente a Al-lah —Poderoso y Majestuoso sea—, la lluvia cesó y la gente salió caminando bajo el sol.

Asimismo, alimentó a los combatientes del Foso (Al-Jandaq), que eran mil hombres, con una sola medida (ṣā‘) de cebada y una oveja; todos comieron hasta saciarse y se marcharon sin que la comida disminuyera en absoluto. Asimismo, alimentó a todos los combatientes del Foso con una pequeña cantidad de dátiles que la hija de Bashīr ibn Sa‘d había llevado para su padre y su tío materno. También alimentó a todo el ejército con la provisión de la alforja de Abū Hurayrah hasta que todos quedaron saciados. Es más, salió ante cien hombres de Quraysh que lo esperaban para asesinarlo; arrojó tierra sobre sus rostros y pasó de largo sin que lo vieran. Sorāqah ibn Mālik lo persiguió con la intención de matarlo, pero cuando se acercó a él, el Profeta (PyB) suplicó contra él, y las patas de su caballo se hundieron en la tierra.

Actitudes y lecciones de su vida (PyB)

Su sentido del humor (PyB):

El Profeta (PyB) solía bromear con sus Compañeros, pero nunca decía sino la verdad. Asimismo, bromeaba con su familia, prestaba especial atención a los niños pequeños, les dedicaba parte de su tiempo y los trataba conforme a su edad y capacidad de comprensión. Solía bromear con su sirviente Anas ibn Mālik —que Al-lah esté complacido con él— y, en ocasiones, le decía afectuosamente: «¡Oh, tú, el de las dos orejas!».

En una ocasión, un hombre se le acercó y le dijo: «¡Oh, Mensajero de Al-lah! Dame una montura». El Profeta (PyB) le respondió bromeando: «Te daremos como montura al hijo de una camella». El hombre exclamó: «¿Y qué haré yo con el hijo de una camella?», pensando que se refería a una cría pequeña. Entonces el Profeta (PyB) replicó: «¿Acaso los camellos no son dados a luz únicamente por las camellas?». Él (PyB) era siempre sonriente y de semblante afable con sus Compañeros, quienes nunca escuchaban de él sino buenas palabras. Al respecto, el hadiz en el que Yārīr —que Al-lah esté complacido con él— relató: «El Profeta (PyB) jamás me impidió la entrada desde que abracé el Islam, y nunca me vio sin sonreírme. En una ocasión le transmití mi queja de que no me mantenía firme sobre los caballos, por lo que golpeó con su mano mi

pecho y dijo: "¡Oh, Al-lah! Manténlo firme y haz de él un guía bien guiado". Desde entonces, jamás me caí de un caballo».

Asimismo, él (PyB) solía bromear con sus parientes. En una ocasión fue a la casa de su hija Fāṭimah y no encontró allí a su esposo, ‘Alī, por lo que preguntó: «¿Dónde está?». Ella respondió: «Hubo algo entre él y yo; se enfadó conmigo y salió». Entonces el Mensajero de Al-lah (PyB) fue a buscarlo y lo encontró recostado en la mezquita; su manto se le había caído y su cuerpo se había llenado de polvo. El Mensajero de Al-lah (PyB) comenzó a sacudirle el polvo mientras le decía: «¡Levántate, oh Padre del Polvo (Abū al-Turāb)! ¡Levántate, oh Padre del Polvo!». ».

Su trato con los niños (PyB):

Los niños ocuparon un lugar muy especial dentro de su noble carácter. Solía hacer carreras con su esposa ‘Ā’ishah —que Al-lah esté complacido con ella— y aprobaba que jugara con sus amigas. Al respecto, el hadiz en el que ‘Ā’ishah —que Al-lah esté complacido con ella— relató: «Yo solía jugar con muñecas en presencia del Profeta (PyB), y tenía amigas que jugaban conmigo. Cuando el Mensajero de Al-lah (PyB) entraba, ellas se escondían de él, pero él las enviaba de vuelta para que siguieran jugando conmigo».

Del mismo modo, prestaba gran atención a los pequeños, bromeaba con ellos y los trataba con ternura. Al respecto, se narró de ‘Abd Al-lāh bin Shaddād, de su padre —que Al-lah esté complacido con ambos—, que el Mensajero de Al-lah (PyB) salió hacia ellos para dirigir una de las dos oraciones de la noche (Maghrib o ‘Ishā’), llevando en brazos a Al-Ḥasan o a Al-Ḥusayn. El Mensajero de Al-lah (PyB) se adelantó, lo dejó en el suelo y luego pronunció el takbīr para iniciar la oración. Mientras rezaba, realizó una postración (saʿdah) que prolongó mucho. Su padre relató: «Levanté la cabeza y vi que el niño estaba sobre la espalda del Mensajero de Al-lah (PyB) mientras él permanecía postrado, así que regresé a mi postración». Cuando el Mensajero de Al-lah (PyB) concluyó la oración, la gente le dijo: «¡Oh, Mensajero

de Al-lah! Has realizado una postración tan larga que llegamos a pensar que había sucedido algo grave o que estabas recibiendo la revelación». Él respondió: «Nada de eso ocurrió; simplemente mi hijo se subió a mi espalda y no quise apresurarlo hasta que terminara de disfrutar».

Asimismo, se narró que Anas bin Mālik —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «El Profeta (PyB) era la persona de mejor carácter, y solía decirle a un hermano pequeño mío: "¡Oh, Abū 'Umayr! ¿Qué fue del nughayr?"». El nughayr era un pajarillo con el que jugaba aquel niño, y con estas palabras el Profeta (PyB) buscaba consolarlo y alegrarlo.

Su trato con su familia (PyB):

En cuanto a su trato con su familia, reunía las más nobles virtudes del carácter. Él (PyB) era humilde y siempre estaba al servicio de su familia. Asimismo, valoraba la posición de la mujer como ser humano, madre, esposa e hija. Un hombre le preguntó: «¿Quién de la gente tiene más derecho a mi mejor compañía y cuidado?». Él respondió: «Tu madre, luego tu madre, luego tu madre, y luego tu padre».

Y el hadiz en el que dijo: «Aquel cuyos padres, o uno de ellos, alcancen la vejez y no los trate con bondad, y luego muera y entre al Infierno, que Al-lah lo aleje [de Su misericordia]».

Cuando su esposa bebía de un recipiente, él (PyB) lo tomaba, colocaba su boca justo en el mismo lugar donde ella había puesto la suya y bebía. También solía decir: «El mejor de vosotros es quien mejor trata a su familia, y yo soy el mejor de vosotros con mi familia».

Su misericordia (PyB):

Respecto a la cualidad de la misericordia, el Profeta (PyB) dijo: «A los misericordiosos los colma de misericordia el Clementísimo (Al-Raḥmān). Sed misericordiosos con quienes están en la tierra, y os tendrá misericordia Quien está en el cielo». Nuestro noble Profeta (PyB) poseía la parte más abundante de este grandioso carácter, lo cual se manifestaba claramente en su trato con todos, tanto niños como adultos, cercanos o lejanos. Entre las muestras de su compasión y misericordia (PyB) destaca que solía aligerar la oración y no prolongarla cuando escuchaba el llanto de un niño. Al respecto, se narró de Abū Qatādah —que Al-lah esté complacido con él— que el Profeta (PyB) dijo: «Ciertamente, me dispongo a iniciar la oración con la intención de prolongarla; pero cuando escucho el llanto de un niño, la acorto, pues detesto causar angustia a su madre».

Y como muestra de su misericordia hacia su Umma y de su profundo anhelo de que las personas

ingresaran en la religión de Al-lah, se narró que un joven judío que solía servir al Profeta (PyB) cayó enfermo. El Profeta (PyB) fue a visitarlo y se sentó junto a su cabeza, diciéndole: «Abraza el Islam». El joven miró a su padre, que estaba de pie junto a él, y este le dijo: «Obedece a Abū al-Qāsim». Entonces el joven abrazó el Islam y poco después falleció. El Profeta (PyB) salió de allí diciendo: «Alabado sea Al-lah, Quien lo ha salvado del Fuego».

Su paciencia (PyB):

En cuanto a la paciencia del Profeta (PyB), toda su vida fue una muestra de perseverancia, constancia, esfuerzo y dedicación ininterrumpida desde que le fue revelada la primera aleya hasta el último instante de su vida. El Mensajero de Al-lah (PyB) conoció desde el comienzo la naturaleza de las pruebas que habría de afrontar en este camino. Tras su primer encuentro con el ángel, cuando Jādīyah — que Al-lah esté complacido con ella— lo llevó ante Waraqah bin Nawfal, este le dijo: «¡Ojalá estuviera vivo cuando tu pueblo te expulse!». Él (PyB) preguntó: «¿Acaso me van a expulsar?». Respondió: «Sí. Jamás ha venido un hombre con algo semejante a lo que tú has traído sin que fuera tomado como enemigo». Desde ese momento se preparó bien para soportar las dificultades, los agravios, las conspiraciones y la hostilidad.

Entre las situaciones que mejor reflejan su paciencia (PyB) se encuentra el daño físico que sufrió por parte de su pueblo, de su familia y de su clan mientras transmitía el mensaje de su Señor en La Meca. Entre estos hechos destaca el hadiz recopilado por al-Bujārī, en el que se narró de ‘Urwah ibn al-Zubayr que preguntó a ‘Abd Al-lāh ibn ‘Amr bin Al-‘Āṣ —que Al-lah esté complacido con ambos— cuál había sido el peor daño que los idólatras infligieron al Profeta (PyB). Él respondió: «Mientras el Profeta (PyB) rezaba en el recinto de la Kaaba (Ḥiṭṭ al-Kaaba), se acercó ‘Uqbah bin Abī Mu‘ayṭ, colocó su manto alrededor de su cuello y lo estranguló violentamente. Entonces llegó Abū Bakr, lo tomó por los hombros, lo apartó del Profeta (PyB) y exclamó: "¿Vais a matar a un hombre solo porque dice: 'Mi Señor es Al-lah'?"».

Asimismo, cierto día, mientras él (PyB) rezaba junto a la Casa (la Kaaba), Abū Ḥāṭim y varios de sus compañeros estaban sentados y se dijeron unos a otros: «¿Quién de vosotros traerá la placenta de la camella sacrificada por la tribu de fulano y la colocará sobre la espalda de Muhammad cuando se postre?». El más miserable de ellos fue a buscarla, esperó a que el Profeta (PyB) se postrara y la colocó sobre su espalda, entre sus hombros. Entonces comenzaron a reír y a burlarse unos de otros, mientras el Mensajero de Al-lah (PyB) permanecía postrado sin levantar la

cabeza, hasta que llegó su hija Fāṭimah y le retiró aquella inmundicia de la espalda.

Más severo aún que ese daño físico fue el sufrimiento psicológico causado por el rechazo a su llamado, por desmentirlo y acusarlo de ser adivino, poeta, loco y hechicero, así como por afirmar que las aleyas que había traído no eran sino leyendas de los antiguos. Entre ello se encuentra lo que dijo Abū Ṭahl burlándose: «¡Oh, Al-lah! Si esto es realmente la verdad procedente de Ti, haz llover sobre nosotros piedras del cielo o envíanos un castigo doloroso».

Su tío Abū Lahab solía seguirlo cuando acudía a las asambleas y a los mercados para invitar a la gente al Islam, desmintiéndolo y prohibiéndoles creer en él. Mientras tanto, su esposa, Umm Ṭamīl, recogía leña y espinas y las arrojaba en su camino.

Y encima, el daño alcanzó su punto máximo cuando él (PyB) fue sitiado junto con sus Compañeros durante tres años en el desfiladero de Abū Ṭālib (Shi‘b Abī Ṭālib), hasta el punto de que llegaron a comer hojas de los árboles debido a la intensidad del hambre. Sus tristezas aumentaron con la pérdida de su tío, quien lo protegía y defendía, y su dolor fue aún mayor porque murió en la incredulidad. Poco después falleció su esposa Jadīyah, quien lo consolaba y lo apoyaba. Más tarde abandonó su tierra emigrando tras varios intentos de asesinato y, ya en Medina, comenzó una nueva etapa

de paciencia, sacrificio, esfuerzo y adversidad. Llegó a padecer hambre y pobreza, hasta el punto de atarse una piedra sobre el estómago. El Profeta (PyB) dijo: «He sentido miedo por la causa de Al-lah cuando nadie más temía, y he sido dañado por la causa de Al-lah cuando nadie más era dañado. Y pasaron sobre mí treinta días con sus noches en los que Bilāl y yo no teníamos comida que pudiera comer ser viviente alguno, excepto lo que cabía bajo la axila de Bilāl».

Él (PyB) también fue difamado en su honor y sufrió el daño de los hipócritas y de los beduinos ignorantes. Al respecto, se narró de ‘Abdul-lāh bin Mas‘ūd —que Al-lah esté complacido con él— que el Mensajero de Al-lah (PyB) repartió un botín, y un hombre de los Anṣār dijo: «¡Por Al-lah! Muhammad no ha buscado con esto la complacencia de Al-lah». Ibn Mas‘ūd dijo: «Fui al Mensajero de Al-lah (PyB) y se lo informé. Su rostro cambió de color por el enojo y dijo: "Que Al-lah tenga misericordia de Moisés; fue dañado con algo peor que esto y tuvo paciencia"».

Entre las situaciones en las que el Profeta (PyB) mostró una gran paciencia también se encuentran los días en que fallecieron sus hijos e hijas. Tuvo siete hijos, y sus muertes se sucedieron una tras otra hasta que solo quedó Fāṭimah —que Al-lah esté complacido con ella—. Sin embargo, no flaqueó ni se desanimó, sino que afrontó aquella prueba con una

hermosa paciencia. Asimismo, se narró que, el día en que falleció su hijo Ibrāhīm, dijo: «Ciertamente, los ojos lloran y el corazón se entristece, pero no decimos sino aquello que complace a nuestro Señor. ¡Oh, Ibrāhīm! Estamos profundamente tristes por tu partida».

La paciencia del Profeta (PyB) no se limitó a soportar los agravios y las tribulaciones, sino que también se manifestó en su constancia en la obediencia a Al-lah —Glorificado y Exaltado sea—, tal como su Señor se lo había ordenado. Se esforzaba tanto en la adoración que sus pies llegaban a agrietarse debido a las largas horas que permanecía de pie en la oración nocturna. Asimismo, incrementaba el ayuno, el recuerdo de Al-lah (dikr) y los demás actos de adoración. Cuando se le preguntaba por ello, respondía: «¿Acaso no he de ser un siervo agradecido?».

Su ascetismo (PyB):

La descripción del ascetismo (zuhd) solo se aplica con propiedad a quien, teniendo a su alcance los bienes de este mundo, se aparta de ellos y los abandona por desapego. Nuestro Profeta (PyB) fue el más asceta de los hombres respecto a la vida mundana y quien menos apego sentía por ella. Se conformaba con lo estrictamente necesario para transmitir el Mensaje y aceptaba complacido una vida de privaciones, a pesar de que el mundo estaba a su alcance y de ser la criatura más noble ante Al-lah. Si hubiera querido, Al-lah le habría concedido todas las riquezas y bendiciones que deseara.

El imam Ibn Kazīr mencionó en su exégesis (Tafsīr), transmitiendo de Jayzamah, que se le dijo al Profeta (PyB): «Si lo deseas, te daremos de los tesoros de la tierra y sus llaves lo que no hemos dado a ningún profeta antes de ti ni daremos a nadie después de ti, sin que ello disminuya en nada lo que tienes reservado ante Al-lah». Él respondió: «Reunidos para mí en la Otra Vida».

En cuanto a su forma de vivir y a su sustento, eran realmente asombrosos. Se narró que Abū Dharr —que Al-lah esté complacido con él—dijo: «Caminaba con el Profeta (PyB) por el pedregal (ḥarrah) de Medina cuando divisamos el monte Uḥud. Él dijo: "No me complacería tener el equivalente a este monte Uḥud en oro y que pasaran

tres días sin haber distribuido todo, salvo un dinar que reservara para saldar una deuda; lo repartiría entre los siervos de Al-lah así, así y así"», señalando hacia su derecha, hacia su izquierda y detrás de él.

Asimismo, el hadiz en el que el Profeta (PyB) dijo: «¿Qué tengo yo que ver con este mundo? No soy en este mundo sino como un jinete que se cobija bajo la sombra de un árbol; luego descansa y lo deja».

Su comida y su vestimenta (PyB):

En cuanto a su comida, pasaban uno, dos e incluso tres meses sin que se encendiera fuego para cocinar en su casa; su sustento se limitaba a las dos cosas: los dátiles y el agua. En ocasiones pasaba el día entero retorciéndose de hambre, sin encontrar con qué llenar su estómago. La mayor parte del pan que consumía era de cebada, y nunca se transmitió que comiera pan elaborado con harina fina. Incluso se narró de Anas —que Al-lah esté complacido con él— que jamás se reunieron en la mesa del Profeta (PyB) pan y carne en un almuerzo o una cena, excepto cuando recibía invitados.

Su situación respecto a la vestimenta no era distinta. Sus Compañeros —que Al-lah esté complacido con ellos— fueron testigos de su ascetismo y de su ausencia de ostentación al vestir, a pesar de que tenía la posibilidad de adquirir las

prendas más valiosas. Se narró que uno de los Compañeros dijo: «Fui al Mensajero de Al-lah (PyB) para hablarle de un asunto y lo encontré sentado vistiendo una prenda de algodón grueso».

Asimismo, se narró de Abū Burdah —que Al-lah esté complacido con él— que entró a ver a ‘Ā’ishah, la Madre de los Creyentes, y ella sacó un manto remendado y una túnica gruesa, diciéndole: «El Mensajero de Al-lah (PyB) falleció vistiendo estas dos prendas».

También se narró que Anas bin Mālik —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «Caminaba con el Mensajero de Al-lah (PyB), y él llevaba puesto un manto de Naÿrān de bordes ásperos».

Al morir, el Profeta (PyB) no dejó dirhams ni dinares, ni esclavo ni esclava, ni ningún otro bien material, excepto su mula blanca, sus armas y un terreno que había dejado como caridad (ṣadaqah). Asimismo, se narró que ‘Ā’ishah —que Al-lah esté complacido con ella— dijo: «Falleció el Mensajero de Al-lah (PyB), y en mi estante no había nada que pudiera comer un ser viviente, excepto un puñado de cebada». También falleció (PyB) teniendo su armadura empeñada a un judío a cambio de una cantidad de cebada.

Su justicia (PyB):

En cuanto a la justicia, él era justo en su trato con su Señor, Glorificado y Exaltado sea; justo consigo mismo; justo con sus esposas; y justo en su trato con los demás, ya fuesen familiares o extraños, compañeros o amigos, aliados u opositores. Incluso el enemigo más obstinado recibía una parte de su justicia (PyB). Aunque algunas personas se opusieran a él o cometieran injusticias en su contra, jamás abandonaba la justicia. Esta acompañó al Mensajero de Al-lah (PyB) tanto en sus estancias como en sus viajes. Detestaba gozar de privilegios sobre sus Compañeros; por el contrario, amaba la justicia, la igualdad y compartir con ellos las dificultades y las fatigas.

Al respecto, se narró que ‘Abdul-lāh ibn Mas‘ūd —que Al-lah esté complacido con él— dijo: «El día de la batalla de Badr compartíamos un camello cada tres personas. Abū Lubābah y ‘Alī ibn Abī Ṭālib eran los compañeros de turno del Mensajero de Al-lah (PyB). Cuando llegaba el turno del Mensajero de Al-lah (PyB) de caminar, ellos le decían: "Nosotros caminaremos y tú monta". Pero él respondía: "Vosotros no sois más fuertes que yo, ni yo tengo menos necesidad de la recompensa que vosotros"».

En otra ocasión, mientras Usayd ibn Ḥuḍayr bromeaba con la gente y los hacía reír, el Profeta (PyB) le dio un leve toque en el costado con una ramita. Usayd le dijo: «Me has lastimado; déjame tomar represalias (qiṣās) contra ti». Él (PyB) respondió: «Toma tu represalia». Usayd dijo: «Tú llevas puesta una camisa y yo no llevo camisa». Entonces el Profeta (PyB) levantó su camisa, y Usayd lo abrazó y comenzó a besarlo entre el costado y las costillas, diciendo: «Esto es lo único que deseaba, ¡oh, Mensajero de Al-lah!».

El Profeta (PyB) jamás toleraba que se dejaran de aplicar las penas corporales (ḥudūd) establecidas por Al-lah —Glorificado y Exaltado sea— para hacer justicia entre las personas, incluso cuando el culpable era uno de sus familiares o seres queridos. En el episodio de la mujer de la tribu de Majzūm que había robado, no aceptó la intercesión de Usāmah y pronunció su célebre hadiz: «¡Oh, gente! Ciertamente, lo que destruyó a quienes os precedieron fue que, cuando robaba entre ellos alguien de la nobleza, lo dejaban libre; pero cuando robaba alguien débil, le aplicaban el castigo legal. ¡Y por Al-lah! Si Fāṭimah, la hija de Muhammad, robara, le cortaría la mano».

Lo que dijeron sobre Muhammad (PyB):

A continuación se presentan algunos fragmentos de las declaraciones de filósofos y orientalistas occidentales sobre el Profeta Muhammad (PyB). En ellas expresan su reconocimiento de la grandeza de este noble Profeta, de su misión, de sus elevadas cualidades y de la veracidad de su mensaje, lejos del fanatismo y de las falsedades difundidas por algunos enemigos del Islam.

El escritor británico Bernard Shaw afirma en un libro que se le atribuye sobre Muhammad: «El mundo tiene una necesidad imperiosa de un hombre con el pensamiento de Muhammad. Este Profeta, que siempre puso su religión en una posición de respeto y veneración, posee la religión con mayor capacidad para asimilar todas las civilizaciones, manteniéndose eterna por siempre. Veo que muchos de mis compatriotas ya han abrazado esta religión con pleno conocimiento, y esta fe encontrará un amplio espacio en el continente europeo».

Y añade: «Los clérigos de la Edad Media, debido a la ignorancia o al fanatismo, pintaron un panorama sombrío de la religión de Muhammad; lo consideraban un enemigo del cristianismo. Sin embargo, he indagado en la historia de este hombre y lo he encontrado como un prodigio extraordinario, llegando a la conclusión de que no era enemigo del

cristianismo, sino que debería ser llamado el salvador de la humanidad. En mi opinión, si él asumiera el gobierno del mundo hoy en día, lograría resolver nuestros problemas de una manera que garantizaría la paz y la felicidad que la humanidad tanto anhela».

Por su parte, el filósofo británico Thomas Carlyle dice en su libro *Los héroes*: «Se ha convertido en la mayor de las vergüenzas para cualquier individuo de esta época prestar oídos a lo que se dice sobre que la religión del Islam es una mentira y que Muhammad era un impostor y un falsificador. Es imperativo que combatamos la difusión de tales afirmaciones ridículas y vergonzosas; pues el mensaje que aquel Mensajero transmitió ha seguido siendo una antorcha luminosa durante doce siglos para cerca de doscientos millones de personas. ¿Acaso podría alguno de vosotros pensar que este mensaje, con el cual vivieron y murieron estos millones de personas, es una mentira y un engaño?».

El filósofo hinduista Ramakrishna Rao dice: «Cuando apareció Muhammad, la península arábiga no era nada destacable. Y de este desierto, que apenas tenía relevancia, Muhammad, con su grandioso espíritu, logró crear un mundo nuevo, una vida nueva, una cultura nueva, una civilización nueva y un reino nuevo que se extendió desde Marruecos hasta el subcontinente indio. Asimismo, logró influir

en el pensamiento y la vida de tres continentes: Asia, África y Europa».

El orientalista canadiense Zwemer dice: «Muhammad fue, sin lugar a dudas, uno de los más grandes líderes religiosos, y es totalmente cierto decir de él que fue un reformador capaz, un orador elocuente, un valiente audaz y un gran pensador. No es admisible atribuirle nada que contradiga estas cualidades; su Corán, que trajo, y su biografía atestiguan la veracidad de esta afirmación».

Sir William Muir dice: «Muhammad, el Profeta de los musulmanes, fue apodado El Fidedigno (Al-Amīn) desde su juventud por el consenso de la gente de su tierra, debido a la nobleza de su carácter y a su buena conducta. Sea como fuere, Muhammad es demasiado sublime para que una sola descripción agote sus virtudes; no conoce su verdadera valía quien lo ignora, y quien la conoce es quien examina detenidamente su gloriosa historia, esa historia que ha colocado a Muhammad a la vanguardia de los mensajeros y pensadores del mundo».

Y añade: «Muhammad se distinguió por la claridad de sus palabras y la facilidad de su religión. Realizó obras que asombran a las mentes, y la historia jamás ha conocido a un reformador que haya despertado a las almas, revivido la moral y elevado el estatus de la virtud en tan poco tiempo como lo hizo el Profeta del Islam, Muhammad».

El célebre novelista y filósofo ruso León Tolstói dice: «Le basta a Muhammad como motivo de orgullo haber librado a una nación humillada y sanguinaria de las garras de las malas costumbres, abriendo ante ella el camino del desarrollo y del progreso. Ciertamente, la Sharía islámica de Muhammad prevalecerá en el mundo por su armonía con la razón y la sabiduría».

El austríaco Sprengel dice: «Ciertamente, la humanidad se honra de que un hombre como Muhammad pertenezca a ella; pues, a pesar de ser iletrado, logró hace unos trece siglos traer una legislación a cuya altura nosotros, los europeos, seríamos muy dichosos de llegar».

índice

La situación de los árabes antes de la Misión Profética:..	3
La historia del Elefante (Qışsat al-Fil):	6
La lactancia del Profeta (PyB) (Raḍā‘at al-Nabī):.....	8
La Profecía (Al-Nubuwwah):	13
La predicación pública:.....	16
La emigración a Abisinia:.....	18
El Año de la Tristeza (‘Ām al-Ḥuzn):.....	21
El Mensajero de Al-lah (PyB) en Ṭā’if	22
La división de la Luna:	23
El Viaje Nocturno y la Ascensión	24
La nueva sede de la predicación:	27
El Profeta (PyB) en Medina:.....	31
La gran batalla de Badr:	32
La batalla de Uḥud:.....	34
La batalla de al-Jandaq (el Foso):	35
La conquista de La Meca (Faṭḥ Makkah):.....	36
Enviar delegaciones y cartas a los reyes	37
La muerte del Profeta (PyB):	38
Las características físicas del Profeta (PyB):.....	39
Entre los nobles caracteres del Profeta (PyB):.....	40
De sus milagros (PyB):.....	42
Actitudes y lecciones de su vida (PyB).....	45
Su sentido del humor (PyB):.....	45
Su trato con los niños (PyB):	47
Su trato con su familia (PyB):	48
Su misericordia (PyB):.....	49
Su paciencia (PyB):.....	50
Su ascetismo (PyB):	55
Su comida y su vestimenta (PyB):.....	56
Su justicia (PyB):	58
Lo que dijeron sobre Muhammad (PyB):	60